

# ATRÉVETE A SER FELIZ

SÁBADO, 24 DE NOVIEMBRE DE 2012 11:14 MANUEL POZO OLLER DOMINGO  
- LA MIRADA DE LA FE



La lectura de la parábola que ofrezco en este artículo puede que espolee a algunos a romper sus ataduras y a comenzar una vida nueva en unos días en los que nos despedimos de un año litúrgico con la solemnidad de Cristo Rey del Universo y nos preparamos para introducirnos en el Adviento, tiempo preparatorio de la fiesta de la Navidad.

“Cuando yo era chico me encantaban los circos, y lo que más me gustaba de los circos eran los animales. También a mí como a otros -después me enteré -me llamaba la atención el elefante. Durante la función, la enorme bestia hacía despliegue de peso, tamaño y fuerza descomunal. Pero después de su actuación y hasta un rato antes de volver al escenario, el elefante quedaba sujeto solamente por una cadena que aprisionaba una de sus patas a una pequeña estaca clavada en el suelo. Sin embargo, la estaca era solo un minúsculo pedazo de madera apenas enterrado unos centímetros en la tierra. Y aunque la cadena era gruesa y poderosa me parecía obvio que ese animal capaz de arrancar un árbol de cuajo con su propia fuerza, podría, con facilidad, arrancar la estaca y huir.

El misterio es evidente: ¿Qué lo mantiene entonces? ¿Por qué no huye? Cuando tenía cinco o seis años, yo todavía confiaba en la sabiduría de los grandes. Pregunté entonces a algún maestro, a algún padre, o algún tío por el misterio del elefante. Alguno de ellos me explicó que el elefante no se escapaba porque estaba amaestrado.

Hice entonces la pregunta obvia: ¿Si está amaestrado, por qué lo encadenan? No recuerdo haber recibido ninguna respuesta coherente. Con el tiempo me olvidé del misterio del elefante y la estaca.

Hace algunos años descubrí que por suerte para mí, alguien había sido lo bastante sabio como para encontrar la respuesta: «El elefante del circo no escapa porque ha estado atado a una estaca parecida desde que era muy pequeño»”.

Cerré los ojos y traté de imaginar al pequeño recién nacido sujeto a la estaca. Estoy seguro de que en aquel momento el elefantito empujó, tiró y sudó tratando de soltarse. Y a pesar de todo su esfuerzo no pudo. La estaca era ciertamente muy fuerte para él. Juraría que se durmió agotado y que al día siguiente volvió a probar, y también al otro y al que seguía. Hasta que un día, un terrible día para su historia, el animal aceptó su impotencia y se resignó a su destino. Este elefante enorme y poderoso no escapa porque cree que no puede. El tiene registro y recuerdo de su impotencia, de aquella impotencia que sintió poco después de nacer. Y lo peor es que jamás ha vuelto a cuestionar seriamente ese registro de memoria. Jamás intentó poner a prueba su fuerza otra vez”.

Muchos de nosotros al igual que ese elefante de nuestra historia vamos por el mundo atados a muchas estacas que nos restan libertad y nos roban la esperanza y la alegría. Vivimos creyendo que hay muchas cosas que no podemos hacer, simplemente porque alguna vez probamos y no pudimos. Grabamos en nuestro recuerdo: No puedo y nunca podré. Crecimos portando ese mensaje que nos impusimos a nosotros mismos y nunca más lo volvimos a intentar. Con muchas cosas hemos hecho lo mismo, ¿no es hora de probar de nuevo? Al final de este año litúrgico y a las puertas del Adviento recuerda que la única manera de lograr algo es intentándolo otra vez. ¡Atrévete a ser feliz comenzando de nuevo!

**Manuel Pozo Oller,**  
***Vicario episcopal***

